doble fuente de regocijos: la alegría que experimentan el poeta, el artista, el sabio, el pensador, al ejercitar sus órganos cerebrales, y la que á todos los otros procuran la poesía, el arte, los descubrimientos científicos.

La creencia sobrenatural sólo tiene un modo de expresión: la plegaria, que en la religión cristiana ha logrado un desarrollo considerable. Para el cristiano la oración es un ruego hecho á Dios para que le conceda algo que necesita. Es para colmar sus necesidades materiales que invoca el auxilio divino.

La creencia sobrenatural se traduce en una eterna lamentación. La creencia intelectual se traduce en acción, en energía laboradora.

Si el cristiano se atuviera estrictamente á los consejos de su religión, sería conducido á desconocer los más altos deberes que la conciencia natural le impone y á dejarse dominar por las dificultades de la vida que son la verdadera causa de su progreso. Invertiría las horas en quejarse del mal ó en la beatífica contemplación de un abstracto bien, de un ensueño maldito que nadie ha sabido jamás definir.

El cristianismo ha debilitado la energía humana y retardado la aparición de los descubrimientos las ideas y los ideales que comienzan á engrandecer la vida. Sin esa creencia supraterrestre que adormece el espíritu, Darwin habría nacido mucho antes que Carlomagno y la humanidad viviría en la época anhelada de su completa dicha.

OSSIP-LOURIÉ

NOTA.—El estudio de Ossip-Lourié que ha venido publicando esta revista, integra con otros una serie de lecciones dadas en la *Université Nouvelle de Bruxelles* en 1907.

Ossip-Lourié es un pensador recomendable que ha obtenido notorios triunfos en su labor. Es autor de una serie extensa de obras filosóficas y de lucha. Acerca de Tolstoi ha escrito tres; una relativa á Ibsen y otras más referentes á distintos tópicos, que le han merecido remarcables elogios de parte de las más serias publicaciones europeas. No tenemos más referencias de su personalidad.—N. del T.

Conversemos

A los obreros

Los cables de estos días os han hablado de un hombre cuya muerte fué como riego fecundo sobre cimientes de libertad. Francisco Ferrer Guardia se llamaba la víctima; una de las innumerables víctimas entre las cuales no es Jesús la primera ni la más excelsa, que el amor á los hombres va dejando como banderas de su empresa en la gran cordillera de Calvarios ante la cual humilla sus fierezas el viento de los siglos.

Fatalmente se ha aceptado en el mundo como sentencia incohonestable, que con sangre de mártires ha de regarse el sembradío de las ideas. Tal premisa consagra el tinte dogmático legendario que es preciso dar á las cosas para que vivan y perduren en el pensamiento de los hombres. Para consolarse con tan negro destino, los pensadores han ideado la teoría de los suplicios necesarios que sólo es en muy pequeña parte razonable.

Pienso, sin embargo, hermanos, que todo el prestigio que la muerte de un hombre pueda amontonar sobre una causa, no compensa jamás el esfuerzo infatigable y acertado que esa muerte roba en la mayoría de los casos á la doctrina y al ideal. Tan faltos como estamos de esas decisiones incontenibles ante cuyos avances son lagunas los mares y menguados tropiezos las montañas, no podemos decir en lógica severa que deben morir los redentores para el más cercano triunfo de las ideas. Nuestra cobardía y nuestra desunión, matan á los hombres privilegiados de la energía que van delante mostrándonos la ruta. Eso es todo. La teoría del heroísmo que en cada cadalso enciende antorchas de fugaz reflejo para alumbrar las marchas de la ino-